

**Relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento,  
perteneciente al libro "La iglesia niña".**

### **Un endemoniado**

Me he estado sintiendo como si tuviera un demonio metido dentro de mi alma. Y ni siquiera sé cómo expresarlo. Ya no me atrevo a convivir con la gente, pues todos me rechazan, con muy justa razón. Soy un indeseable, tratando de sobrevivir sin merecerlo. En las noches me voy al cementerio a dormir muy cerca de las tumbas. Quisiera no volver a despertar nunca más. Pero, el destino implacable me vuelve a poner en detestable circulación.

A menudo me pongo violento, con la gente que más quiero. Y los dolores de cabeza me han estado acosando sin piedad.

Sin embargo, hoy me ha invadido una especie de tranquilidad, suficiente para sentarme en el suelo, a la orilla del camino.

En eso, veo venir unos hombres que conversan entre sí, con alegría. Se detienen muy cerca mío, mientras yo los miro con mala cara. El más alto de ellos, uno al cual llaman Jesús, me habla con ternura. Nunca creí que alguien haría algo así conmigo.

-¿Quieres sentirte mejor? -me dice.

No he sabido qué responder. Por un lado, necesitaba imperiosamente sentirme mejor, pero algo en mí me hace no querer eso. Sin embargo, me abro a escuchar qué quiere decirme aquel hombre.

En medio del silencio que se ha producido, el hombre se sienta en el suelo, frente a mí.

-¡Pero, Maestro... ! -exclaman algunos de sus seguidores.

Jesús ríe, y casi me contagia su alegría. Pero me sigo resistiendo.

-¿Por qué te resistes? -me pregunta Jesús, y me ha dejado tiempo para responder. Un tiempo que me parece eterno.

Siento incomodidad, y no me salen las palabras. Al final, contesto cualquier cosa, intentando salir de esa situación que no logro aguantar. Quiero correr, pero los pies no me responden. Curiosamente, me he quedado pensando en el motivo de mi falta de colaboración.

El Maestro continúa haciéndome preguntas que yo no atino a responder, pero que actúan en mi interior. De pronto, rompo a llorar, como un niño chico.

No sé cuánto tiempo he estado así, hasta que me calmo, poco a poco. Empiezo a contarle a Jesús la historia de mi malestar conmigo mismo. Hay alguna magia que destraba mi expresión.

Todas mis actitudes cochinas me abandonan como si fueran cerdos que se precipitan en un barranco.

He quedado como nuevo. Lleno de gratitud hacia el Maestro. Y creo que nunca más me llenaré de demonios, pues en cuanto los sienta me acordaré de lo que me enseñó Jesús.